

La mitad de la localidad de Sarno ha resultado arrasada por un mar de lodo

La tragedia ocurrida en el sur de Italia alcanza proporciones de cataclismo

BEATRIZ IRABURU HOY
ENVIADA ESPECIAL A SARNO

Las corrientes de barro y de piedras que cayeron desde el monte Alvano el martes han dividido Sarno en dos pueblos bien distintos: uno, el más grande, el que mira hacia el río y cultiva huertos y frutales, apenas si presenta algún rasguño; el otro, más pequeño y más reciente, formado por casas de pocos pisos que se apoyaban en las estribaciones de la montaña, ha sufrido un cataclismo.

En Episcopio, que es como se llama esta parte alta devastada, se han encontrado ya 95 cadáveres y es probable que al menos otros tantos sigan enterrados bajo los cientos de miles de metros cúbicos de barro, -en total, cayeron un millón-, que aun quedan por desescombrar. «Han muerto familias enteras, -cuenta Mario, un campesino-. Han desaparecido casas. Lo hemos perdido todo».

Cuatro días después de que tres oleadas sucesivas de barro y de piedras se adentraran por las calles del barrio de Episcopio reventando casas y sepultando gente, soldados, bomberos, policías, agentes de la Protección Civil y voluntarios protegidos con mascarillas se afanan, en un laborioso caos, por arrancar la tierra de donde no debe estar. En la esquina de un callejón que da a 'viale' Margherita, la calle más ancha y más central de Episcopio, un hombre de unos cuarenta años, vestido con una camisa verde y un pantalón oscuro, mira fijamente hacia una bajera en la que varias personas tratan de abrir un agujero con barras de metal y con un martillo neumático. «Es el padre de un chico de ocho años que está ahí dentro, -cuenta un vecino-. El niño había bajado a la bodega a buscar vino para la cena cuando llegó la avalancha. Han pasado una sonda para ver si se registraba algún latido, pero no han oído nada».

Prodigio

Con sondas y con perros adiestrados, con excavadoras, con palas, con azadas, con las manos, centenares de personas libran una batalla, seguramente ya perdida, contra el tiempo. La esperanza es que se repita un prodigio parecido al que protagonizó Robertino Robustelli, un estudiante de Filosofía de 22 años, que fue rescatado el viernes sin heridas apreciables. Robertino, un muchacho muy conocido en Sarno porque cuando no va a la facultad hace de fotógrafo en bodas y bautizos, se había refugiado el día de la avalancha en el almacén de un vecino. Cuando el barro entró en el local y empezó a tomar altura, Robertino se encaramó a una especie de angosto altillo y se tumbó. El barro no alcanzó afortunadamente el techo y Robertino pudo seguir respirando. Sus parientes lo dieron por muerto pero, a primeras horas de la tar-



Perros amaestrados ayudan en la búsqueda de los enterrados

de del viernes, alguien le oyó gemir. Hicieron falta dos horas de trabajo para sacarlo. «He tenido que beberme la orina para sobrevivir», contó a su madre. En el hospital, sólo le fue apreciada una contusión en el cuello.

Por una historia con final feliz, Sarno, de 35.000 habitantes y, sobre todo, su barriada de Episcopio, de 4.000, acumulan muchas tragedias. El Alvano, el monte des-

de el que les llegó el tormento, tiene apenas una altura de 1.113 metros. Pero sus laderas son casi verticales. Los pinares que hace años sujetaban la tierra a la montaña han dado paso, por culpa de los incendios, -«el último, hace quince días», informa un habitante-, a un mezquino sotobosque. En buena parte por mediación de la Mafia que, según se dice en Sarno, confía en sacar provecho tras

la catástrofe de los trabajos de reconstrucción, las granjas que hace décadas se extendían al pie del Alvano, desaparecieron y en su lugar fueron levantados multitud de edificios de tres o cuatro pisos, sin tapias ni protección.

En la parte antigua de Episcopio, las casas y las huertas se levantan sobre terrenos alzados, rodeados por muros de piedras y orientados de manera que las calles no sean anchas y rectas, sino angostas y laberínticas. El martes, las tres avalanchas que cayeron entre las 4 de la tarde y la medianoche, -dos de ellas de una anchura superior a los 30 metros-, evitaron la zona antigua y se adentraron cerca de dos kilómetros en la moderna.

En el extremo más cercano a la montaña de la zona nueva, una mancha negra, extensa como un campo de fútbol, señala el sitio donde se alzaban decenas de casas habitadas que quedaron arrasadas por la catástrofe del martes. Las excavadoras han derribado los jirones que quedaban en pie, y han amontonado los cascotes en los bordes de la enorme mancha negra. «No me pregunte cuanta gente puede haber ahí debajo, -dice un agente mirando a la vasta mancha negra de barro apelmazado-. Pasaran semanas antes de que le pueda contestar». Una joven inspectora de policía de Sarno se acerca espontáneamente y denuncia: «En ese fango están sepultados once miembros de la familia de mi madre. Vivían en este barrio. No consiguió escapar ninguno. El Estado nos ha dejado solos. Se lo digo yo, que represento a las instituciones pero que, hoy, siento vergüenza de leste uniforme».

En Quindici, una localidad más pequeña situada en la otra vertiente del Alvano, donde están ayudando a desescombrar una cuarentena de militares norteamericanos de la base de Nápoles, las autoridades dieron aviso el martes del peligro y el número de víctimas, -10, hasta ayer-, ha sido mucho menor. En Sarno no hubo ninguna advertencia y, aunque pasó cerca de una hora desde que la montaña empezó a bramar hasta que las torrenteras de barro embistieron contra el pueblo, los habitantes no tuvieron constancia del peligro hasta que fue demasiado tarde. «En un terremoto uno sabe que hay que salir de casa y echarse al campo, -razona Beppe Vitolo, un transportista de 53 años-. Pero cuando la montaña empieza a hacer ruido, tampoco te das bien cuenta de lo que va a pasar. Hay muchas veces que no pasa nada. La lluvia de la tarde del martes fue muy débil, de esa que te da la impresión de que no te moja. Es verdad que lleva ya unos días lloviendo. Pero, en este vertiente, a diferencia del de Quindici, las avalanchas son raras. Nos sabíamos lo que se nos venía encima. Nos cogió desprevenidos».

Los equipos de rescate han recuperado 116 cadáveres

AGENCIAS ROMA

Un nuevo balance provisional ofrecido en la tarde de ayer, sábado, por la Protección Civil italiana eleva a 116 el número de muertos en la catástrofe de Campania, donde las avalanchas de barro han devastado varias ciudades de montaña.

En la localidad de Sarno, municipio más afectado por el desastre, el número de víctimas se eleva a 95, según cómputo de protección civil. El número de personas hospitalizadas es de 115.

En las demás ciudades sinistradas, situadas a unos 30 kilómetros al este de la ciudad de Nápoles (la capital de Campania) el balance permanece invariable: 10 muertos en Quindici, cinco en Bracigliano, cinco en Siano y uno en San Felice Cancelli. El número de personas que han perdido sus casas se eleva a 1.500.

Desaparecidos

El responsable de la Protección Civil, Andrea Todisco, indicó que no quería cuantificar el número de desaparecidos «ya que están en curso controles para identificar a las personas desaparecidas, porque son numerosas las que han abandonado la zona sin advertir a las autoridades». No obstante, agregó que el balance definitivo «será muy numeroso».

Las últimas cifras oficiales hablaban de 107 desaparecidos, mientras que otras fuentes locales indicaban que el número podría elevarse a 400 e incluso algunos moradores de la zona señalan que el número de personas 'ilocalizadas' podría superar la cifra de 500.

Algunas fuentes señalan que las autoridades italianas no ofrecen ya datos sobre el número de desaparecidos en el desastre natural, uno de los peores sufridos en Italia, para evitar la «guerra de cifras» de las últimas horas, que generó confusión al variar en función de que las fuentes fueran locales, regionales o de Protección Civil.

El máximo responsable de Protección Civil aseguró que los trabajos de rescate y de normalización de las zonas afectadas "efectivamente se realizan con rapidez" y que el 95 por ciento de los lugares susceptibles de acoger a gente atrapada por el fango han sido registrados.

El trasfondo de esta catástrofe tiene que ver, según los expertos, con la explotación abusiva de la naturaleza. Los bosques fueron talados o incendiados, los lechos de los ríos hormigonados y las casas construidas en medio del paisaje.

Además, otra vez la Mafia está implicada. El negocio de la construcción es considerado una de las fuentes de ingresos principales de la 'honorable sociedad'. Las pistas llevan hasta el poderoso clan mafioso de la familia Galasso. Por lo menos tres veces se habrían producido incendios el verano pasado por orden del 'padrino'.

Dejados de la mano de Dios

Un olor a tierra ácida, y una polvareda intensa que los voluntarios tratan de combatir regando desde camiones cisternas, empapa la parte alta y media de Sarno. Coches arrugados como por efecto de una bomba se alinean a los lados del 'viale' Margherita. En el segundo piso de una casa, una de cuyas mitades ha desaparecido, se ve un dormitorio con un cama rematada por una colcha de flores y un dibujo infantil de Mickey Mouse en la pared. Hace calor. Agentes y voluntarios sudan. Un comerciante mayor denuncia, más irritado que desesperado, que anoche le entraron en casa y le robaron casi setecientos mil pesetas. El hombre de la camisa verde, cuyo hijo de 8 años está bajo los escombros, sigue aguardando. Quienes han perdido allegados, como Alfredo Mancuso, que el viernes reconoció en el tanatorio los cuerpos de su mujer, Gilda, y sus dos hijos pequeños, no gritan ni se lamentan sino que parecen encajar la catástrofe con fatalista serenidad. A Sarno le aguardan aún días y semanas de malas noticias. «Estamos dejados de la mano de Dios, -comenta Guido, un hombre que trabaja la tierra-. Aquí los muertos son, con seguridad, más de doscientos. Y, encima, no vienen a ayudarnos los americanos».